

EDITORIAL

Los seres humanos tenemos diversos modos de concebir y hablar del mundo que nos rodea.

Al pasar de la oralidad al lenguaje escrito; de la escritura ideográfica y pictográfica al alfabeto; de una lengua a otra, o de un público a otro, de un contexto espacial o temporal a otro distinto, no sólo el modo de la expresión varía: el pensamiento se transforma, cambia no sólo en su forma sino en su esencia.

La variedad de formas de expresión humana, si no hemos de construir una suerte de Torre de Babel donde los diversos pueblos nos encontremos encerrados e incommunicados por muros lingüísticos y culturales, nos obliga a pensar en los alcances y límites del diálogo intercultural.

El diálogo intercultural requiere de un ejercicio epistemológico a modo de traducción que vierta los conceptos, las formas y los vocablos de una lengua, en otra; el desafío principal de dicha tarea es, sin embargo, reflejar la cultura y los valores de una en la otra en movimiento dialéctico permanente.

El diálogo intercultural requiere, a la vez, un compromiso ético: que se respeten los cánones de cada una de las culturas o lenguas que se encuentran frente a frente, y que cada una, en ese diálogo, muestre y ofrezca lo mejor de sí propia a la otra, sin mezquindad, para que la otra parte tome lo que sirva a su bienestar y desarrollo sin dañar a quien se lo ofrece.

El presupuesto ontológico es que, en el fondo de la multiplicidad de formas expresivas y valorativas, se encuentra la unidad esencial del ser humano.

La historia de la humanidad nos muestra la dificultad de cumplir con esos requisitos, y nos llama a revisar todas las afirmaciones que tenemos por verdades o cuando menos asertos probables, derivados de diálogos interculturales llevados a cabo con propósito de saqueo cultural, de imposición, de desprecio, y a sustituirlos por asertos basados en argumentación sin defecto, examen de pruebas, y propósitos inobjetables para las partes del diálogo intercultural.

En este número de *Chicomóztoc* se presentan ejemplos de análisis que buscan esclarecer los valores de culturas antiguas nuestras, sin imponerles de entrada juicios despectivos o limitantes; también, se exponen ejemplos en los cuales puede demostrarse que durante la colonia privó el interés de dominio en el diálogo intercultural, y noticias de educadores y proyectos emancipadores. Al afán de conocer y dialogar para someter llamamos colonización; con los trabajos de este número de nuestro Boletín, y con la totalidad de los emprendidos en nuestro Seminario, deseamos contribuir a la descolonización de México.